AÑO XXVIII
Número 1.382
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 27 de Abril de 1938

40 CTS

Lo que hizo

CLEMENCEAU

Se viene citando estos días a Clemenceau, por creer que la hora española guarda analogías con la hora de Francia en 1917, cuando «el Tigre» fué encargado del Poder. ¿Qué hizo Clemenceau para salvar a su patria en peligro? Vamos a recordar, esquemáticamente, algo de aquella gigantesca tarea realizada por Clemenceau desde el Poder para lograr la victoria.

EN 1917, Clemenceau tiene setenta y seis años. Francia vive una hora de pesimismo y desaliento. El Ejército está inmovilizado por una interminable guerra de trincheras. Criterios y planes distintos desunen a los jefes militares aliados. Van cambiando los Gobiernos, y el ambiente de fatiga y de desconfianza llega hasta el mismo Parlamento.

Clemenceau acusa y acusa desde las columnas de su *Hombre Libre*. Censura a los Gobiernos y a la escasa iniciativa del Alto Mando militar. Es suspendido su periódico, que él sustituye por *El Hombre Encadenado*, desde cuyas columnas continúa los ataques envenenados y terribles.

Pero no bastan los artículos para derribar lo que él se propone. Y entonces se decide a dar un paso de importancia: pronuncia en el Senado aquel memorable discurso contra el ministro del Interior, Malvy, acusándole «de traicionar los intereses de la patria». El Parlamento y el país vibran con un escalofrío de emoción. Aquella palabra dura, enérgica, tajante, levanta con esperanza encendida el ánimo desfallecido de la nación. Y Poincaré encarga a Clemenceau la formación de un Gobierno. (Poincaré sabe que *el Tigre* le detesta, que el nombramiento va a parecer a los políticos un reto, un sarcasmo; pero él piensa en Francia...)

El anhelo revanchista mantenido a lo largo de muchos años por *el Tigre* contra Alemania se agolpa y alcanza su vibración suprema en él en esta hora. Le llena de ímpetu, de decisión, de coraje. Desde que acepta el Poder repite obstinadamente, como razón de toda su conducta:

—*Je fais la guerre!* ...

A los chispazos de insubordinación en el frente responde con los fusilamientos, restableciendo férreamente, inexorablemente, la disciplina. El, que odió siempre a los reaccionarios y a los realistas permite, sin embargo, que Daudet y Maurras continúen sus violentas campañas en *L'Action Française* contra Malvy y Caillaux, para desenmascararlos. Después, ante la estupefacción general, se atreve a desterrar a uno y a encarcelar a otro. «¡Pero esto es la dictadura!», gri-

(Continúa en la página siguiente.)

He aquí la estatua de Clemenceau, el forjador de la victoria de Francia, en los Campos Elíseos

tan sus enemigos políticos. Pero él responde, inalterable:

—*Je fais la guerre!* ...

Un día, un político eminente hace en los pasillos del Parlamento siembra de desconfianza. Clemenceau lo coge del brazo, lo lleva junto a sí a un rincón apartado, y le dice:

—Tenga usted mucho cuidado, porque voy a hacerle a usted arrestar, y hasta fusilar, si es preciso.

Y aquel político palidece, porque esas palabras del *Tigre* no son una amenaza puramente teórica.

El valor y la energía son constantes en él ante todas las cosas. Nada le amilana. El Ejército alemán derrota, en una afortunada batalla, a las tropas inglesas del general Gough, rompe el frente francés, amenaza Amiens, abre una brecha entre los aliados, y amenaza otra vez París, al dejar de nuevo libre el camino hacia la capital francesa. Es un momento de dramática emoción. Los trenes marchan abarrotados hacia ciudades más seguras. Gentes de la calle entran en los pasillos del Parlamento. Una ola de pesimismo invade a muchos. «¡Esta vez es el fin!» «¡Los alemanes vienen sobre París!» «¡Hay que destituir a Foch!» «¡Hay que juzgar a los responsables!» «¿Y el Gobierno? ¿Qué va a hacer ahora el Gobierno?»

Los adversarios de Clemenceau no ocultan su satisfacción en esta hora crítica. Pero él, frente a todo, se obstina en mantener en su puesto al general Foch. Se resistirá el empujón. Se reorganizarán las líneas.

Hasta él llegan las voces exasperadas:

—Pero, ¿y si el enemigo llega hasta París?

—Nos batiremos dentro de París.

—¿Y si toman París?

—Nos batiremos detrás de París, que no es sino *una de tantas* ciudades francesas. El Gobierno se quedará en su puesto.

Y en seguida, uno de aquellos zarpazos tan suyos:

—Por lo pronto, he mandado suprimir el tren para Burdeos.

(Era una alusión sangrienta a aquel presuroso traslado a Burdeos del presidente Poincaré y del Gobierno Viviani, en 1914, cuando los alemanes avanzaban sobre París.)

Contagia a todos—él, un anciano que camina hacia los ochenta años—su fe, su dinamismo, su decisión. Va a las trincheras, donde los soldados aclaman al *père la victoire*. Logra para Foch el mando supremo de los Ejércitos aliados. Restablece en su puesto al general Mangin, al que las intrigas políticas habían inutilizado. Da su parte de legítima satisfacción a los jefes, suprimiendo el anónimo que imponía la Censura oficial. Restaura la disciplina militar e interior. Y forja así la victoria. Desde el Armisticio hasta la Paz, es, por encima de hombres y partidos, el ídolo supremo de todo el pueblo francés. Después... Después, él, que supo hacer la guerra, no sabe hacer la paz. Y lo de siempre: pequeñas miserias, juegos políticos, olvidos, ingratitudes. Clemenceau se envuelve en su bosco y altivo silencio, y se resigna orgullosamente a ser, hasta la muerte, el fantasma glorioso de sí mismo.

Apenas encargado del Poder, en aquellas horas críticas de 1917, Clemenceau comenzó la visita de los frentes. Vedle aquí, en el del Somme, con algunos jefes aliados

---

Cuando España está rescatando su prestigio internacional

Cómo se produjo, hace cuarenta años, aquel desastre de Cavite

Cuarenta años ahora desde que «aquel desastre de Cavite» despojó violentamente a España de su prestigio de gran potencia. Otra vez la fecha se repite en el calendario de la Historia de España, casi sin diferencia. 1898-1938. Un ocho en su cifra terminal. Primero de Mayo, y, como este primero de Mayo nuestro, en domingo. Rabia en el corazón de los españoles, y en las manos, crispadas, las armas. Y en las armas, clavadas, las uñas. La semejanza obliga a recordar.

Aquella España de hace cuarenta años

Sagasta en el Poder. Y enfrente, bien acomodado para el reposo en el pacífico turno de los partidos, Silvela, con la jefatura del Partido Conservador. Maura, «todavía el yerno de Gamazo», y Canalejas, «todavía el joven diputado liberal». Extenuada la Hacienda Pública por un siglo de luchas interiores y de torpes apetitos políticos fácilmente saciados. Y en las colonias, abolida la autoridad de España por unos gobernadores rapaces.

Así llegó a los españoles el ultimátum de los Estados Unidos, que era la guerra inevitable.

La Armada española frente a la flota norteamericana

«Salgo escuadra tomar posiciones esperar enemigo», telegrafiaba el comandante general del apostadero de Manila, Montojo, al ministro de Marina.

Mientras tanto, el almirante de la escuadra norteamericana de Hong Kong zarpaba, con su flota, hacia Manila desde la bahía de Mirs.

Pero en *El Imparcial* se establecía la comparación entre las dos escuadras. «La escuadra norteamericana—decía el importante periódico madrileño—cuenta con un buen barco, el *Olimpia*, crucero no acorazado; pero con cubierta protectora. De cerca de seis mil toneladas y un andar de veintiún millas con tiro forzado. Monta cuatro cañones de veinte centímetros, diez de doce, de tiro rápido, y más de veinticinco entre cañones de tiro rápido y ametralladoras». Se refería después

al *Baltimore*, al *Raleigh*, al *Boston*... Y describía luego las características y la potencia de la escuadra española. El *Castilla*, el *Reina Mercedes*, el *Reina Cristina*, el *Isla de Cuba*, el *Isla de Luzón*, el *Don Antonio de Ulloa*, el *Don Juan de Austria*, el *Velasco*, cruceros. Y los cañoneros *Elcano*, *General Lezo*, *Marqués del Duero*... «Como se ve—terminaba *El Imparcial*—, con los buques reseñados y con un jefe como el almirante Montejo no se nos meriendan los yanquis con facilidad.»

Cómo se produjo el desastre de Cavite

Pero llegó Cavite. Aquel primero de Mayo de 1898. Cuando el capitán general de Manila, Augustin, telegrafiaba al Gobierno de España: «Anoche, a las once y media, disparos de cañón de las baterías del puerto anunciaron escuadra enemiga, que con obscuridad noche debió forzar paso. Al amanecer de hoy desplegó sobre Cavite y su arsenal, rompiendo nutridísimo fuego, sosteniendo brillante combate nuestra escuadra, protegida por baterías de aquella y esta plaza, obligando a la enemiga, que ha sufrido grandes averías, a hacer varios cambios y evoluciones... Nuestra escuadra, ante excesiva superioridad enemiga, ha sufrido bastante, y fuego a bordo en el *Cristina*, y otro que está explotando, y se consideran perdidos, con sensibles bajas, entre ellas, comandante *Cristina*, Cadarso».

Después, más completas ya las noticias, España sabía que se había perdido toda la escuadra. Y que, con ella, se había hundido todo el poderío colonial.

Madrid lo supo cuando volvía de los toros. Tarde de domingo de Mayo soleado y jocundo en España. Domingo primero de Mayo, y un año con un ocho en la cifra terminal de su número. Como ahora, cuarenta años después. Y como ahora también, rabia en el corazón de los españoles, y en las manos, crispadas, las armas. Y en las armas, clavadas, las uñas. Pero ahora, para rescatar aquel prestigio, que perdió entonces parecía que para siempre, de gran potencia en el mundo.

JOSE DE LA RIVA

Pequeños dramas de la retaguardia

"El abuelo de los pájaros"

HABÍA aún siempre un buen resol en la plazoleta del Parque cuando el anciano llegaba a ella. Miraba el hombre a su alrededor con la cuidadosa atención del estratega que elige lugar de emplazamiento, y sacaba de su bolsillo un pedazo de blanco pan.

Con un gesto que se diría ritual, adelantaba su mano en el aire, y de sus labios salía un silbido corto e hiriente.

A su conjuro, la arboleda se estremece. Parte de ella un seco rumor que agita las ramas, y al momento, a plomo, como derribados a perdigonazos, empiezan a caer pájaros a los pies del anciano.

Revolotean a su alrededor, piando agudamente, con un trino gozoso. Forman piñas a sus plantas. Algunos, más audaces, llegan, en corto vuelo, hasta su mano para arrebatarle la miga de pan. En torno de su cabeza ponen una trémula corona gigante los pájaros al girar. Marcha el anciano, y tras él va un cortejo de cuento de hadas; a cientos, los pájaros le siguen, dando menudos saltos, piando alegremente, subiendo hasta posarse en sus hombros, aturdiéndole con su fina algarabía.

Y el anciano marchaba solemne, repartiendo su pan, arrastrando tras sí el cortejo alado con el orgullo con que un emperador legendario arrastraría la cola de su manto.

Al cabo, se sentaba el viejo en un banco, y en torno de él se extendía toda la nidada rumorosa.

Subían a su mano a robarle, en atrevido picotazo, la miga, y huían a guarecerse, con su botín, en las altas ramas.

Así fué durante días, durante años, en la plazoleta recatada del Parque. Este «abuelo de los pájaros» del Retiro fué el iniciador. Otros hombres buenos lo imitaron después.

Llegó la guerra. Y llegó el mes de Marzo de este año, magnífica primavera, raro milagro en el clima de Madrid.

Una tarde dominical, en la glorieta de siempre, volvimos a ver al «abuelo de los pájaros». Como siempre, no lejos, un corro de niños contemplaba el bello espectáculo. El abuelo repartía pan a los pájaros. Pero como ahora el pan es como una golosina para los niños, alguien se acercó al anciano, y le preguntó:

—¿No tiene usted nietos?

Antes de responder, el viejo se quedó un momento suspenso. Por sus pupilas grises y gastadas pasó una nube de tristeza.

—No. No he tenido hijos.

—¿Es usted viudo?

—No. No he tenido mujer. Vivo solo.

Volvió a su tarea el hombre célibe y solitario que no supo del ardiente amor de la hembra, ni de la inefable ternura de los hijos, ni del sin par cariño a los nietos.

Pudo hacerse su corazón duro y estéril como una roca; corazón de hombre solo que no sabía de ternuras encendidas, ni de tibiezas de hogar, ni de doblamientos y flaquezas paternales. Pero no fué así. Su corazón, que no vibró a la caricia sensual ni a la tibieza de un beso infantil, tenía también un tesoro de amor que ansiaba desbordarse, ponerse en algo para poseerlo. Y fueron los pájaros sus amigos, su enamoramiento y sus nietos. El hogar que no pudo crear lo tenía al aire libre, bajo el azul del cielo y la floresta rumorosa.

El curioso insistió por disipar melancolías:

—No le será ahora fácil mantener a la «familia».

—Usted verá—respondió el anciano—: el alpiste, y los cañamones, y los yeros están por las nubes y no se encuentran. Mi pan es poco. Tengo cartilla individual. Gracias a que yo no necesito casi nada. Y algunos días, nada. Hoy mismo, esta que reparto es mi ración.

Y una tarde, entre las tardes, de repente, a pleno sol, pareció que en el cielo, sobre la floresta, estallara fulminante una tormenta horrible. Tembló la tierra y se troncharon altas ramas. Una acacia prócer cayó decapitada. Los pájaros huyeron.

Una llamarada segó, como una espada ígnea, la copa de un celindo, y en la carne blanca de una estatua hizo llagas la *metralla*.

Una figura humana cayó en la arena del sendero. Un pedazo de pan se escapó de sus manos, tinto en sangre. El «abuelo de los pájaros» no volverá nunca más al Parque.

J. F.

La creación del Hogar Asturiano en Madrid

Hace unos días se ha inaugurado en nuestra capital el Hogar Asturiano, con asistencia del ilustre general Miaja, del alcalde y de otras autoridades. He aquí una fotografía del acto de la inauguración (Fot. Videa)

Dos hermanos

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

La noche era de luna clara y resplandeciente de estrellas. Un soldado destacado de «escucha», con la cara pegada a la tierra, vigila incesante.

De pronto, un ruido suena, apenas perceptible en el silencio. Es el sembrado, ya crecido en la buena primavera de este año, que cruje. Se siente el roce de los tallos, aun tiernos, al ser apartados, pisados, de modo que parece un quejido.

El centinela que está de «escucha» se prepara; da aviso al cabo, y se cursan sigilosamente las órdenes para evitar cualquier sorpresa.

A poco, por el poco espacio llano que hay frontero al puesto, y que es «tierra de nadie», se ve un bulto negro, que avanza cautelosamente. Avanza como arrastrándose, se detiene, a veces, espiando el silencio. Luego se le ve correr encorvado; se tira al suelo, y parece que el sembrado se lo traga. Después de una de estas desapariciones, la sombra se precipita velozmente hasta muy pocos metros de nuestra avanzada.

El centinela, con el dedo en el gatillo del fusil, da entonces el ¡alto!

Y se oye una voz ronca, temblorosa de angustia, que exclama:

—¡Compañeros, no tiréis! ¡Soy un evadido!

Se adoptan precauciones, para evitar cualquier traición. Pero son inútiles. Unos segundos después, un hombre salta nuestra trinchera. Se abrazan, emocionados, los que un momento antes eran enemigos.

Se traslada al evadido a la chavola del teniente. El «pasado» es un muchacho, casi un niño. En su rostro se aprecian huellas de sufrimiento, y en sus ojos hay todavía una expresión de recelo y de espanto.

El muchacho se siente, al fin, contagiado de nuestra sincera lordialidad. Declara. Es andaluz. Pertenecía al Sindicato de su oficio. Los facciosos lo pusieron en la alternativa de enrocarse o de ir a presidio.

Radiante de alegría, el muchacho exclamaba:

—Yo ya estoy a salvo.

Pero de repente, con una gran tristeza, añadió:

—Lo que siento es que ahora, como siempre que uno se pasa, es la familia la que lo sufre. Tomarán represalias con mi hermano, del que hace casi dos meses, cuando marchó al Norte, no tengo noticias. Si vive, lo molestarán a más no poder.

Y entonces ocurre un hecho, una casualidad impresionante. De entre los compañeros que se han acercado a ver al evadido, se adelanta uno que conoce al que acaba de hablar, que es paisano suyo, de su mismo pueblo. Abraza alborozado al muchacho, y le dice:

—No te preocupes por tu hermano. No podrán vengar en él tu fuga. Te ha ganado por la mano. La semana pasada estuve yo de permiso en Madrid, y lo encontré vivo y sano en el cuartel de Transeúntes. Hacía un mes que él también se había pasado con nosotros. Y se había traído a tres compañeros más. Todos ellos indudables como camaradas nuestros. Tu hermano, avalado inmediatamente por paisanos que lo conocían, iba ya destinado a una brigada, no recuerdo cuál. Estaba en Madrid de paso.

Y mientras ya el muchacho, tranquilo del todo, feliz, sonreía, el camarada que lo había reconocido me cogió del brazo y me apartó de la chavola diciéndome:

—No he querido amargarle a ese ***chaval*** la alegría de su evasión; que disfrute plenamente de verse entre hermanos. Porque al otro, al de verdad, ¡no volverá a verle más! Es cierto, como he dicho, que aquel también se pasó y que le destinaron, como él pidió, a una brigada de choque. Lo que no he querido todavía decirle al ***chaval*** es que yo, a quien vi en Madrid fué a uno de sus compañeros de fuga. Y éste fué el que me contó que el hermano de este muchacho, el mismo día que llegó a la línea de fuego, cuando lo de Teruel, murió peleando como un valiente!—MARIO ALDANA BELMONTE».

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA (S. A.) 57885 Y 57884

PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2

PRIMER BAR

MERIENDAS
APERITIVOS
LICORES

GENERAL PORLIER, 38

LEA USTED **CRONICA** 40 céntimos

SANGRISÁN

DEPURATIVO PERFECTO DE LA SANGRE

MANCHAS DE LA PIEL
GRANOS • LLAGAS • HERPES

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

XVIII

GOLPE DE MANO

Amistad en la noche

EN las horas lentas y silenciosas de la noche, mientras todo duerme en el edificio, Ana María va trabando amistad con la pareja de soldados que hace la guardia en las oficinas del Contraespionaje. La muchacha está cansada del rudo trabajo de todo el día. Hace altos en su tarea, y charla con los dos hombres: comentarios a la marcha de la guerra, pequeños hechos de la vida cotidiana, recuerdos de las horas lejanas y felices que la lucha interrumpió.

Sobre todo, a uno de los soldados—graduado de sargento—le encanta charlar con la muchacha por lo que en ella hay de franqueza, de bondad, de simpatía, de espontaneidad. Es una verdadera provinciana Ana María.

El es un hombrón joven, alto, fuerte. Recuerda, con una ingenua emoción, su vida campesina de antes. Tenía, en la zona invadida por los alemanes, una granja. Vivía con su mujer y su hijita. El hubo de marchar antes del pueblo, llamado por la movilización militar. Allá quedaron la esposa y la nena, de las que sólo muy de tarde en tarde sabía. Muchas veces, al recordarlas, en los ojos de aquel muchachote había una humedad de lágrimas.

—Mira su retrato, muchacha. ¿Qué será de ellas ahora?

El soldado enseña a Ana María una fotografía, en la que una mujer joven sostiene a una niña entre los brazos. Así, entre recuerdos y nostalgias, va forjándose entre los dos una simpatía recíproca, en las horas calladas y profundas de las noches de París.

Una mujer audaz

Se cumple ya la cuarta semana del día en que Ana María empezó a trabajar en este sitio. Es domingo, el único día de la semana en que sólo queda de guardia por la noche en las oficinas un militar. Esta vez le corresponde al sargento amigo de la muchacha.

Empiezan a hablar, a recordar, a bromear, como otras veces. El observa a la muchacha con un extraordinario asombro. ¿Cómo es posible que no se haya fijado mejor en ella antes de ahora? Porque es bonita, excepcionalmente bonita. Hoy—es domingo, ella habrá salido de paseo...—su cara parece otra. Los ojos brillan en ella con una alegría inédita. Su boca es fresca y jugosa. ¿Cómo es posible que él no hubiese visto antes todo esto?

Ríen y bromean. Hay en la muchacha una nueva y perturbadora coquetería. El quiere cogerla de la cintura; pero ella, amablemente enfadada, le retira. El mocetón se sienta ante su mesa de siempre. Ana María, sin dejar de reír, se acerca tras de él y le pone las manos sobre la cara, tapándole los ojos y la nariz. El ríe también; quiere volver el rostro, trata de incorporarse; pero no puede. Una sensación húmeda, espesa y pesada, le desciende de la nariz a la boca. Los ojos se le nublan. Trata de hablar, y no lo consigue. Pensamiento y músculo quedan inertes, paralizados.

Esa misma noche, de la casa de la rue François sale una muchacha joven, ligera, con un abrigo azul. Es mucho más joven y mucho más bonita que aquella que hace un mes llegó a este edificio solicitando trabajo, recién venida de la región normanda.

Despachos a la frontera

El nuevo día. Llegan a la oficina los primeros empleados. Un viento sensacional corre por toda la casa. El telégrafo privado empieza a funcionar infatigablemente, llamando a las estaciones ferroviarias fronterizas, a los puestos militares encargados de la vigilancia en las estaciones y los trenes. Se interesa la detención urgente, a costa de lo que sea, de una mujer, de una espía peligrosísima que acaba de dar un audaz golpe de mano: el sargento de guardia en las oficinas del Contraespionaje ha sido hallado sin sentido, y de los despachos han desaparecido documentos de gran valor, entre ellos, las listas de los agentes franceses que están trabajando en Alemania y en los países neutrales. La autora de este hecho sensacional debe ser una mujer a la que se admitió como sirvienta en la casa, y que ha desaparecido.

Llegan y salen constantemente nuevos despachos telegráficos. En las estaciones fronterizas, toda mujer que trata de salir es sometida a un registro y una investigación rigurosos y minuciosísimos. Equipajes y documentos son revisados con una atención extraordinaria. Todo es en vano. No se encuentra el más leve rastro de la mujer buscada.

Sólo más tarde, al cabo del tiempo, se sabrá que una mujer, por caminos ocultos, logró escapar del territorio francés, internándose en Suiza. Ahora, como posible huella de la fugitiva, son encontrados, medio kilómetro antes de la línea fronteriza, tres hombres muertos: dos guardias de fronteras y un soldado. Cada uno tiene en el cuerpo una bala de revólver. Y las cápsulas son del mismo calibre, como disparadas por la misma arma.

SEÑORITAS, SEÑORAS: ¡Un buen consejo que agradeceréis!: No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador; debéis también reconstituir vuestro organismo; para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único para el sexo femenino. Con el Eupartol desaparecerán manchas, granos, rojeces, espinillas, arrugas prematuras, vicios de la sangre; obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica..., la pubertad de vuestras hijitas; ayudadles con Eupartol. Futuras madres, debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto, hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado; si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. **MATRIMONIOS INFELICES** por no tener hijos, tomando Eupartol los conseguiréis. Para detalles y folleto gratuito, escribir a Consultorio femenino y de belleza a cargo doña Montserrat Fortuny, Laboratorios Eupartol, Clarís, Barcelona.

En el próximo número:

XIX

El Mando alemán necesita información

CAPITOL

4.ª semana triunfal del maravilloso espectáculo cinematográfico

EL GRAN ZIEGFELD

Dialogado en español e interpretado por

Myrna Loy, Louise Ranier, William Powell y Frank Morgan

...FÍGARO...

Grandioso éxito

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

Insuperable creación de
PÉTER LORRE

calatravas

La maravilla de la cinematografía

Deseo

Genial creación de
Marlène Dietrich
y
Gary Cooper

TIVOLI

La emocionante película en español

El asesino invisible

por Wacter Abel
y Margot Grahame

PALACIO de la MÚSICA

GRANDIOSO EXITO DE LA COLOSAL SUPERPRODUCCIÓN EN ESPAÑOL

CATALINA

INSUPERABLE CREACIÓN DE LA DELICIOSA INGENUA
FRANCISKA GAAL

AVENIDA

La formidable superproducción

El despertar de una nación

Un sueño de patria ideal, plasmado en una gran película

METRO-GOLDWYN-MAYER

por Walter Huston y Franchot Tone

ESPECTÁCULOS

GOYA

El formidable film

Quiéreme siempre

JUEVES:
JOAQUIN MURRIETA
Creación de
WARNER BAXTER

GÉNOVA

LA VENUS NEGRA

JUEVES:
REBELION EN CHINA

DURRUTI

Clamoroso éxito del gran film

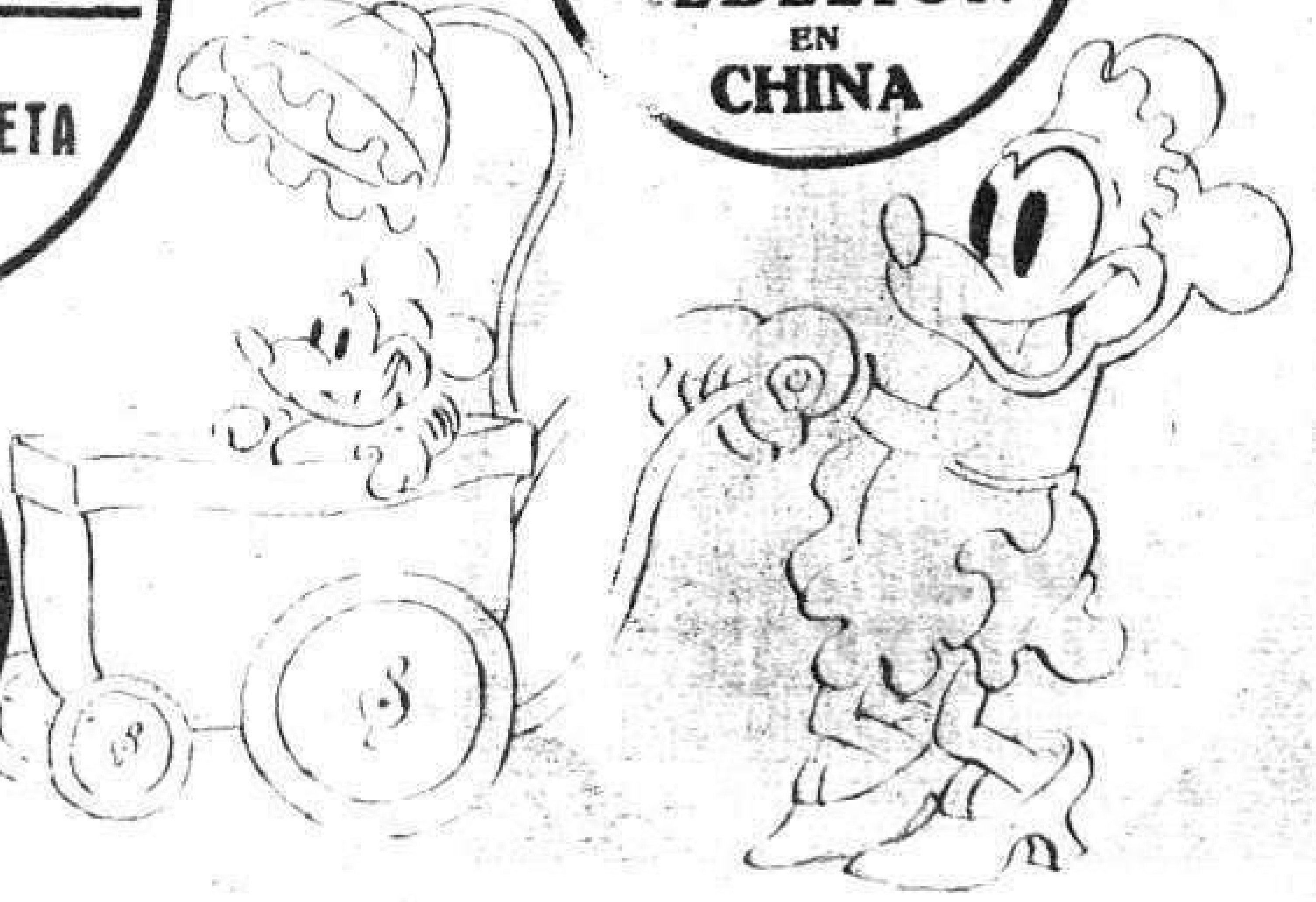
Su señoría se divierte

Varietés por
Carmen López, Teresita Díaz, Anita Valle, Ruiseñor Navarro y Julita Oliver

ROYALTY

MI EX MUJER Y YO

JUEVES:
UN PAR DE GITANOS



CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA

Del lunes 25 de Abril al domingo 1 de Mayo de 1938

TEATROS

(Intervenidos por el Estado)

ASCASO.—Malvaloca (de los hermanos Quintero.

BARRAL.—Se rifa un hombre. (Exito cómico.)

CALDERON.—Variedades 1938, con la intervención de los mejores artistas.

COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!

CHUECA.—La Pasionaria.

ESLAVA.—¡Hijas de mi vida!

ESPAÑOL.—Fuenteovejuna.

FUENCARRAL.—La moza de Campanillas.

GARCIA LORCA (antes Popular).—¡Que me la traigan! (Supervedette: Isabelita Nájera.)

IDEAL.—El conde de Luxemburgo.

JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole! (Supervedette: Amparito Sara.)

LARA.—Un tío con tragaderas.

LATINA.—Consuelo la Trianera.

LOPE DE VEGA (antes Alkázar).—El café de las mujeres malas. (Creación de Társila Criado.)

MARAVILLAS.—La niña de la Mancha. (Supervedette: Conchita Rey.)

MARTIN.—¡Las hay... frívolas!

PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.

PAVON.—Tristes herencias.

PROGRESO.—La madre (de Máximo Gorki).

VARIEDADES (antes García Lorca).—Estupendos programas de *variétés* con los más afamados artistas del género.

CINEMATÓGRAFOS

(Intervenidos por el Estado)

ACTUALIDADES.—Semana Popeye.

ASTUR.—Ojos negros. Jueves, 28: «Mata-Hari».

AVENIDA.—El despertar de una nación.

BARCELO.—Adán sin Eva. (Segunda semana.)

BELLAS ARTES.—Sor Angélica. Jueves: El ángel de las tinieblas.

BENAVENTE.—Secretos de la Policía de París. Jueves: La vida futura.

BILBAO.—Suzy. (Segunda semana.)

CALATRAVAS.—Deseo. (Marlène Dietrich y Gary Cooper.)

CAPITOL.—El gran Ziegfeld. (Cuarta semana.)

CARRETAS.—La última noche. (Gran film soviético.)

CHAMBERI.—Nuevas aventuras de Tarzán. Jueves: La novia que vuelve.

DORE.—El hijo del Carnaval. Jueves: La Reina Mora.

DOS DE MAYO.—El terror de la Inquisición. Jueves: Madre querida.

DURRUTI.—Su señoría se divierte y *Variétés*, con Carmen López, Teresita Díaz, Anita Valle, Ruiseñor Navarro y Lolita Oliva.

ELCANO.—El prisionero número 13. Miércoles: La traviesa molinera. Viernes: Código secreto.

FIGARO.—El hombre que sabía demasiado (por Peter Lorre).

FLOR.—Rinconcito madrileño. Jueves: Rebelde (por Shirley Temple).

FRUTOS.—El enemigo público número 1. Miércoles: La llamada de la selva. Viernes: La sombra del hampa.

GENOVA.—La Venus negra. Jueves: Rebelión en China. (Primer reestreno.)

GONG.—Es el amor (por Jessie Mathews).

GOYA.—Quiéreme siempre. Jueves: Joaquín Murrieta. (Genial creación de Warner Baxter.)

HOLLYWOOD.—Billy, dos veces hijo. Jueves: Titanes del cielo.

MADRID-PARIS.—Juanita. (Estreno. Interpretada por la Orquesta Rode.)

METROPOLITANO.—El príncipe de media noche. Jueves: Rosas Negras.

MONUMENTAL.—Nuestro culpable. (Film español. Charito Leonis y Ricardo Núñez.)

OLIMPIA.—Rosas negras. Jueves: La última avanzada.

PADILLA.—La viuda negra. Jueves: La Reina Mora.

PALACIO DE LA MUSICA.—Catalina. (Segunda semana.)

PANORAMA.—En busca de una canción, y *Variétés*, con María Angeles, Julita Blanco, Carmen Condolas y Victoria Madrid.

PLEYEL.—La novia que vuelve. Jueves: Días de sol.

PRENSA.—La novia del *gangster*. (Segunda semana.)

PROYECCIONES.—El doble crimen de la Universidad, y *Variétés*, con Nelly, Aurorita Brizard, Estrella Macarena, Hermanas Nerinas y Sepepe.

RIALTO.—Ojos que matan y *Variétés*, con Angelita Helma, Consuelito Zamora, Rosa de Andalucía, Les Piters, Manolo el de Badajoz y Paco el Americano.

ROYALTY.—Mi ex mujer y yo. Jueves: Un par de gitanos. (Laurel y Hardy.)

SALAMANCA.—Nuestro culpable. (Segunda semana.)

TETUAN.—La isla del tesoro. Miércoles: Hombre o ratón. Viernes: ¡Centinela, alerta!

TIVOLI.—El asesino invisible.

Risa en la guerra

Sembradores de alegría

Al popular humorista «Arthur», cordialmente.

El arte de la caricatura se ha hecho dramático. La tensión política y la obsesión dolorosa de la guerra le han quitado la sonrisa. La caricatura se ha hecho ácida, violenta, cruel. Es una espada, un látigo, un reactivo. El arte, saturado de dolor humano, ha olvidado reír, y el lápiz del buen humor es un cauterio afilado a bisturí.

Pero ni la guerra, con toda su bárbara tristeza, es capaz de apagar esa centella del ingenio que brota, por generación espontánea, de la viva cantera popular. El dolor sirve de aldaba. Y al toque angustioso responde el chiste, el mote ingenioso, la canzoneta picaresca. Es la manera más gallarda, y también la más humana, de burlar al Destino, de retarle y de vencerle. Triunfo del espíritu sobre la materia. La risa es inmortal. Ya puede Moloch exigir tremendos sacrificios humanos, rugir anatemas, reclamar destrucción; ya pueden los déspotas forjar cadenas, y los empresarios de la guerra fundir cañones, y los alquimistas de la muerte combinar más terribles explosivos. Un chiste, un rasgo de ingenio, una burla, una canción, son más fuertes que todo eso.

Humoristas del teatro, payasos, excéntricos, caricaturas vivas, los del atuendo extravagante, la charla habilidosamente torpe, infantilizada, y el rostro deshecho a chafarrinones. Sembradores de alegría, Vuestros sombreros inverosímiles, vuestros chalecos absurdos, vuestros zapatones monstruosos, vuestras mejillas polícromas, vuestras cabriolas retóricas, realizan ahora, más que nunca, una misión generosa, caliente de humanidad, henchida de ternura.

El populor excéntrico «Arthur»

No contentos con divertir a la muchedumbre, vais a buscar—para disiparlos, para atenuarlos—a la inquietud y al dolor allí donde su presencia es auténtica, donde la dura realidad parece desafiar toda posible eutrapelia. Y en las chavolas y en los parapetos donde las armas vigilan en los improvisados tingladillos de los campamentos, la Muerte, que es el ángel negro de las trincheras, se siente burlada, vencida por el coro de risas que sabéis arrancar a los labios crispados por la tensión de la lucha.

Y luego, en los ámbitos donde el dolor inmoviliza con una sensación de impotencia. ¿Recuerdas, camarada *Arthur*, aquella tarde, en aquel hospital de guerra? Dos largas filas de camas blancas, y en cada una, un sufrimiento. Tú, con tu hongo absurdo, tu rostro hecho grotesco por la pintura, y tu gesto de pobre hombre que se excusa de todo, empezaste a trabajar en un ambiente gélido que olía a limpieza y a medicinas. A poco, sobre cada almohada blanca, reía un rostro pálido.

Todos menos uno. El de un muchacho pálido que, sentado en la cama, mostraba, a la altura del pecho, un brazo escayolado sobre un soporte metálico.

Rápido, te acercaste a él:

—Camarada, esto de tu brazo, ¿es verdad?

El, ceñudo, contestó:

—Y tan de verdad. Un tiro.

Replicaste:

—Perdona mi curiosidad. Pero ¡hay tantos chascos!... Conozco a uno que va siempre con el brazo como tú, inmóvil, doblado así a la altura del pecho. Yo lo creía un inválido de la guerra. Y me he enterado que es una costumbre de su oficio; ¡el hombre ha estado seis años vendiendo corbatas por los cafés!

La risa, la santa y buena risa, la risa bálsamo y luz, burla al Destino, jugarreta al dolor, brotó en los labios del herido, borrando sufrimientos, ahuyentando quién sabe qué negros pajarracos de recuerdo.

Y tú, con tu hongo absurdo, con tu gesto de grotesco asombro, te fuiste, satisfecho, a otro sitio, donde también te esperaban gentes deseosas de reír, de olvidar, acaso.

Beneméritos vosotros, humoristas, payasos, caricatos, excéntricos, sembradores de alegría, que sabéis hacer brotar en los labios del pueblo la risa generosa de los fuertes, de los esperanzados.

JUAN FERRAGUT

El bautismo de fuego de los
TANQUES DE FRANCIA

Ha escrito Wells que la lucha que ensangrentó durante cuatro años a Europa hubiera podido decidirse en el verano de 1916—es decir, dos años antes—si se hubieran empleado primero los carros de combate en mayor número. Con ese motivo, el escritor fustigó al Mando inglés por lo que aquellos dos nuevos años de prolongación de la lucha habían significado de hecatombe para Europa.

Francia e Inglaterra habían preparado cuidadosamente, y dentro del mayor secreto, la nueva arma de combate. La fabricación de los primeros carros tropezó con gran número de dificultades. Fué Inglaterra la que más pronto terminó un primer lote de tanques. Se empezaron las prácticas y el adiestramiento del personal especializado, en un campo cerrado de los alrededores de Londres. Ningún detalle trascendió al enemigo de toda esta labor de preparación de un nuevo y formidable elemento de guerra.

Una Comisión inglesa se trasladó, al mismo tiempo, a Francia para ponerse de acuerdo con el Mando francés sobre el empleo simultáneo y por sorpresa, en todos los frentes, de cuantas unidades de esta arma hubiesen construído los dos Ejércitos. Casi se había fijado ya el plan para ese ataque simultáneo en todos los frentes, cuando el Mando inglés, entusiasmado por las pruebas hechas e impaciente por ver el resultado en la práctica, lanzó los carros al combate, en Septiembre de 1916.

Empleados los carros, pusieron éstos de manifiesto en su primera intervención varios defectos, tanto de orden mecánico como técnico, que en los modelos posteriores se fueron corrigiendo. Defecto importante era la poca resistencia de algunas piezas; lo era, igualmente, la poca movilidad de los carros, que les hacía ser blanco preferente y fácil de la artillería alemana.

Después de aquellas intervenciones de los tanques ingleses, los tanques de Francia, un día de Abril de 1917, recibieron también su bautismo de fuego. El día 16 de aquel mes, ciento treinta y dos carros de los modelos Schneider y Saint-Chamond intervienen por primera vez en un ataque contra las líneas alemanas. Participan en la ofensiva del general Nivelle al Norte del Aisne y al sudoeste de Juvincourt. Su entrada en acción tiene lugar bajo el mando del heroico comandante Bossut, hacia la una de la tarde de aquel 16 de Abril de 1917.

El contingente de tanques se dividió en dos grupos: uno que marchó hacia el Norte, para desbordar aquel poblado de Juvincourt, y otro que marchó hacia el Este, en dirección a la tercera posición alemana.

El terreno era muy desigual y estaba muy quebrantado por la acción de la artillería. Una gran fatiga pesaba sobre la Infantería. Estaban mal estudiados los enlaces de ésta con los carros, y se despegó de ellos en momento inoportuno. Los carros no se detuvieron, y llegaron hasta donde les fué posible, alcanzando algunos la tercera posición enemiga, como se había planeado.

Varios de los tanques, que iban, sin duda, excesivamente cargados de esencia, se incendiaron. Del total de carros que intervinieron, cincuenta y siete fueron destruídos totalmente, y sesenta y cuatro quedaron inutilizados o con averías y abandonados por sus equipos. Las pérdidas en aquel primer ataque fueron treinta y tres oficiales—entre ellos el propio comandante Bossut—, y ciento cuarenta y siete soldados, muertos, heridos o desaparecidos.

Dramático resultado el de este bautismo de fuego de los tanqeus de Francia en la Gran Guerra. Se debió ello a la elección de aquel terreno pésimo y al deficiente estudio que se hizo de algunos detalles para el ataque.

A pesar de ello, en aquella primera actuación de los carros de asalto se vió todo lo que de éstos podía esperarse en nuevos encuentros. Todos los que siguieron de cerca aquella operación hubieron de reconocer que los tanques del comandante Bossut realizaron una tarea mayor de la que les correspondía. Aquella primera intervención fué, es cierto, deplorable. Pero permitió abrigar nuevas y ciertas esperanzas para futuras operaciones. El otoño inmediato, en las operaciones del camino de las Damas y la meseta de Malmaison, los tanques de Francia permitieron confirmar las esperanzas de aquel bautismo de fuego en la primavera de 1917.